según recuerdo, dos liras, y era difícil la entrada por la abundante concurrencia.

Los italianos demuestran un gusto muy exquisito y delicado en esta clase de iluminaciones, que ningún viajero debe dejar de verlas cuando se presente la oportunidad.

La noche caminaba, y creímos prudente retirarnos para nuestra casa; volvimos á pasar por los templos arruinados y por los arcos triunfales todavía en pie, y ascendiendo de nuevo por la vía del Campidoglio, pronto nos encontramos en la elevada plazoleta donde se yergue la renombrada estatua ecuestre de Marco Aurelio, perdiendo por completo de vista el fantástico espectáculo que todavía recuerdo con fruición.

CAPÍTULO XXXVII.

ROMA.

LAS CATACUMBAS DE SAN CALIXTO.

HE aquí otro asunto importantísimo de la Roma Cristiana: las Catacumbas. ¿Quién no ha oído hablar de ellas? ¿Quién ignora que existe otra Roma subterránea, digna del mayor estudio y de la visita indispensable del viajero?

No creo que la generalidad tenga, en verdad, noción de lo que en sí son las Catacumbas, pues que no bastan libros que las describan con esmero, si la propia vista no se satisface. Confieso, al menos, que yo ignoraba lo que eran las Catacumbas, y cuando tuve oportunidad de visitar las de San Calixto, las encontré completamente distintas de como me las imaginaba antes de conocerlas.

Es del todo probado que estos subterráneos admirables existieron desde el primer siglo de la Iglesia; empero á causa de las diversas circunstancias, especialmente por las invasiones que sufrió Roma, hicieron que se abandonasen las Catacumbas, una vez que los Papas distribuyeron en las basílicas los innumerables restos de mártires que atestaban los sepulcros de aquellos vastos subterráneos. Parece, al decir de los que en la historia de éstos se ocupan, que el único cementerio que en la Edad Media permaneció abierto, fué el de San Se-

bastián *ad Catacumbas*, apellido con el cual—no se sabe ciertamente por qué causa—se conocen todos los subterráneos de este género.

Abandonadas las Catacumbas, como acabo de decir, hacia la centuria novena, nadie se preocupó por ellas en los tiempos medios: uno que otro explorador, después de este período histórico del mundo, comenzaron á entrar á los subterráneos, tomaron notas, sacaron dibujos, reunieron datos y aun alguien formó una obra que otros dieron á la estampa después de su muerte: Antonio Bosio y su *Roma Sotterranea*, son los primeros nombres que debemos pronunciar en la historia de las Catacumbas; Bosio, el primero que adquirió más nociones acerca de estos misteriosos laberintos; su libro, el primero escrito sobre el asunto.

Pero en realidad, quien, como nadie ha hecho un estudio verdaderamente científico de las Catacumbas, levantando planos y estableciendo un método para la exploración de ellas, es el insigne arqueólogo Juan Bautista de Rossi, á quien prestó ayuda su también ilustre hermano el geólogo Don Miguel. Desde entonces acá las exploraciones no han cesado, los estudios se ensanchan y el público inteligente tiene á diario al alcance de su mano obras nuevas más ó menos extensas, que se dan á luz acerca de las Catacumbas, como rama interesantísima del arte cristiano.

A nadie se escapa hoy el interés que encierra el estudio de las Catacumbas: allí está la cuna del arte cristiano; allí los rastros de la vida de los primeros aliados de la Fe, sus usos y costumbres; allí, en frescos primitivos, en borrones multicolores más ó menos conservados, explicadas las prácticas religiosas y representados multitud de pasajes bíblicos y de la vida real.

Y ¿cuál fué el origen de estos subterráneos y qué llegaron á ser después? Nadie ignora que, perseguida la Iglesia en los primeros tiempos, esto no obstante, pronto alcanzó progresos brillantísimos, y contando con ricos y poderosos adeptos en

la misma Roma, éstos facilitaban sus *villas* y jardines para las asambleas de los cristianos, y especialmente sus tumbas. La ley romana—como hace observar Pératé en su primorosa *Archéologie Chrétienne*—declaraba inviolable el campo, *area*, consagrado á la sepultura y á todas sus dependencias: hé aquí el origen de los primeros *cementerios* cristianos, que se hacían subterráneos para mayor seguridad, y que después se convirtieron en verdadera morada de los fieles, y que pertenecían á lo que se llamaba *Ecclessia fratrum*.

Dieron los cristianos á estos lugares el nombre de *cementerio*, vocablo derivado del griego y que significa "lugar de reposo." Creo que es más cristiana y más propia esta palabra, que la de panteón, aplicada hoy generalmente á los sitios destinados para el entierro de cadáveres: entiendo que es más cristiana porque tiene más sello de piedad, y su origen etimológico se aviene muy bien al carácter que quisieron imprimirle los primeros sostenedores de la Fe del Crucificado; mientras que la voz *panteón*, no sólo se aparta del espíritu cristiano, sino que es del todo inadecuada al objeto á que se aplica: sus dos raíces griegas, *pan* todo, y *theós* dios, sirvieron, formando la palabra en Roma, para designar el templo consagrado al culto de todos los dioses *paganos*, templo que existe todavía convertido en Iglesia Católica, y que aún conocemos por *Panteón de Agrippa*.

Como todos estos subterráneos llamados Catacumbas son, en general, lo mismo, señalaré á grandes rasgos su disposición más adelante, por medio de las célebres Catacumbas de San Calixto, que visité en uno de tantos días memorables con que la Providencia me brindó en la augusta ciudad del Pontificado.

Como en país extranjero siempre se tiende á buscar á los de la tierra, pronto fuimos á dar al Colegio Pío Latino Americano, en donde siguen su carrera sacerdotal muchos jóvenes mexicanos. Por feliz casualidad uno de ellos iba á decir su primera misa en las Catacumbas de San Calixto, y tuvo la

amabilidad de invitarnos para el acto. ¡Cuál no sería mi gozo, considerando en la brillante oportunidad que se me presentaba de visitar un sitio tantas veces soñado é interesante, y en compañía lo menos de seis ú ocho mexicanos!

La cita era á las seis y media de la mañana, en el mismo Colegio Pío Latino. Puntual estuve á la hora indicada: la noche anterior la pasé con esa intranquilidad que produce un alboroto grande, y con la zozobra consiguiente á dejar de ser formal sin quererlo.

A esa hora esperaban á la puerta del Colegio unos carruajes, en los que tomamos asiento el nuevo sacerdote, varios de sus colegas, mis compañeros y yo, y la emprendimos minutos antes de las siete por las calles de Roma, desde el *Prati di Castello* (Vía Gioacchino Belli) donde está situado el Colegio. Casi toda la ciudad atravesamos para llegar á la Puerta de San Sebastián, donde comienza la Vía Appia, la calle de los sepulcros.

Caminamos un poco por esta gran calzada: á los veinte minutos de haber entrado en ella nos detuvimos ante una puerta, á nuestra derecha, corriendo á ambos lados una tapia larga; después de llamar á la puerta, abrieron ésta y penetramos á una pintoresca viña que cultivan los buenos padres trapenses que tienen á su cargo la custodia de aquel lugar. Lo primero que se observa es una construcción muy añeja, como capilla, convertida hoy en pequeño museo—donde se conservan varios objetos extraídos de estas Catacumbas, lápidas sepulcrales y otros. Parece que, según Rossi, este era el viejo oratorio de San Calixto *in Arenariis*, y su forma, aunque sencilla, es bastante curiosa.

Cerca de aquí se halla la entrada á los subterráneos: bajamos á ellos por una escalera de piedra construída á raíz del suelo de la viña, bastante grande según recuerdo, y en seguida se nos condujo á una cámara húmeda, con el piso de tierra, alumbrada por una claraboya por donde penetraba débilmente la luz; en los muros se abrían nichos sepulcrales,

algunos de ellos con lápidas y una que otra inscripción restaurada; ésta es la cámara papal (*cubiculum pontificium*); los sepulcros encierran, no todos, los restos de varios Pontífices canonizados, entre otros, el de San Sixto II, martirizado en este sitio en el siglo III de nuestra éra. En uno de los ángulos de este pequeño cuarto ó cripta se levanta un altar aislado, muy modesto, en donde nuestro joven paisano y nuevo sacerdote celebró por primera vez el sacrificio de la Misa, que le oímos todos los presentes.

Cuando todo concluyó, uno de los padres trapenses nos repartió á todos velas de cera, y pasamos á un cuarto contiguo al de los Papas, también iluminado por una claraboya; en ese cuarto, y en una especie de nicho, descansó por mucho tiempo el cuerpo de Santa Cecilia, depositado allí por San Urbino, hasta que San Pascual lo descubrió é hizo transportar á la iglesia de Santa Cecilia *in Transtevere*, en donde se ve ahora el sepulcro.

Después encendimos las velas, y casi rodeando al padre, aunque uno tras del otro, la emprendimos por aquellos vericuetos sin luz, imponentes, lóbregos, interminables, y que forman un intrincado laberinto por el cual es muy difícil aventurarse sin guía, so pena de no volver á salir jamás de él. Por eso la prudencia aconseja ir siempre unido á la caravana, pues cualquiera distracción ó curiosidad suele costar muy cara.

Estas Catacumbas se componen de una serie de galerías ó cañones angostos, de bóveda admirablemente bien ejecutada; los muros se ven colmados de nichos sepulcrales, los unos sobre los otros, casi en su totalidad vacíos; en uno de ellos nos encontramos yacente un esqueleto humano perfectamente conservado: ¿de quién sería? Nadie lo sabe. De estos cañones fríos, en donde se respira un ambiente húmedo y en donde todo es fúnebre y no deja de causar pavor, se desprenden varios ramales, por diversos lados, que van después á unirse

á otras galerías, formando todos, en conjunto, una especie de red.

La respiración no se hace fatigosa, el aire circula con maravillosa libertad, y todo se halla perfectamente bien dispuesto: los artífices eran grandes conocedores del terreno; la obra es admirable; el arte pictórico aparece siempre por aquí y por acullá; los paramentos de los muros suelen ostentar con frecuencia frescos que recuerdan á cada paso el estilo bizantino, y que se remontan indudablemente á los primeros siglos de existencia de la Fe Cristiana.

Además, existen unas pequeñas criptas cuyas pinturas suponen á estas cámaras edificadas á cielo abierto, á manera de capillas, muy curiosas; en una de éstas nos enseñaron dentro de dos cajas, que están cubiertas por un cristal respectivamente, una momia bien conservada y un cadáver en semidescomposición.

Algún tiempo estuvimos dentro de estos cañones: las Catacumbas tienen otros pisos abajo del que visitábamos, y que se comunican entre sí por medio de escaleras. El 22 de Noviembre en que la Iglesia celebra á Santa Cecilia, se ilumina la cripta en donde se encontró el cuerpo, y todas estas galerías, las cuales se abren al público.

Después de nuestra visita, los buenos padres trapenses nos llevaron al refectorio, en donde nos sirvieron ellos mismos el desayuno. Los padres todo lo hacen: labran la tierra, fabrican su pan y se proveen dentro de los muros de su viña, de cuanto se ha menester para la satisfacción frugal de las más apremiantes necesidades de la vida. ¡Con qué tranquilidad y paz se deslizan en ese lugar bendito los días de su existencia!

Nada nos fué posible sacar de las Catacumbas: ni un puñado de tierra, pues está excomulgado, por disposición pontificia, todo el que lo haga. La razón es muy sencilla: hubo un tiempo de verdadero furor por sacar de las Catacumbas las osamentas de los innumerables mártires allí sacrificados, y

cuanto les hubo pertenecido; las osamentas colmaron las iglesias de Roma, y muchas las dispersaron por los demás templos católicos del mundo, para las aras y los altares; pero de aquí resultaron dos cosas: la primera que, como no sólo los santos y los mártires habían habitado ó muerto en las Catacumbas, sino sus mismos sacrificadores paganos, cuando éstos descubrían tales subterráneos, de aquí que evidentemente se confundían las osamentas ó los restos de un mártir con los de un pagano; en consecuencia, muy probable y lamentabilísimo era celebrar el sacrificio de la misa sobre una ara que contuviese huesos jamás santificados; la segunda de las cosas que en esto vió la Iglesia, fué que las Catacumbas se quedaron vacías; despojándolas de sus principales tesoros, se les quitaba la mitad de su importancia: y como á raíz de este suceso tales cementerios comenzaron á dejar de ser el objeto de la veneración y de las peregrinaciones de los fieles, de aquí que por tales causas se fulmina excomunión para quien, sin estar autorizado, extraiga de las Catacumbas aunque sea, como he dicho antes, un puñado pequeñísimo de tierra.

A la puerta los padres venden recuerdos de las Catacumbas, reliquias y fotografías; y en un libro nos hicieron poner nuestras firmas y la fecha del día en que hubimos hecho tan agradable é interesante visita á este cementerio.

Los coches nos esperaban ya, y después de nuestros agradecimientos á los padres por su exquisita amabilidad para con nosotros, nos despedimos de ellos, con sentimiento, alejándonos por la Vía Appia para Roma.

Aquel día terminó agradablemente para nosotros: con motivo de haber dicho nuestro paisano su primera misa, y de haberla cantado asimismo por primera vez en la Capilla del Colegio Pío Latino otro joven sacerdote, de Colombia, se nos invitó á un banquete en el Colegio, al que asistimos con verdadero placer. Ocupó el lugar de honor, presidiendo la mesa, Su Eminencia el Cardenal Masella; frente á él tomó asiento el actual Arzobispo de Guatemala, á la sazón en Roma, y

después los invitados: en mesas aparte, llenando el amplio y hermoso refectorio, los alumnos del Colegio, todos jóvenes americanos, con sus sotanas y sus bandas azules.

A los postres se dijeron discursos y poesías en italiano y español; se habló de México, se brindó por su felicidad y porque las bendiciones del cielo no falten jamás para este pedazo de tierra tan amado. ¡Cuán tierno y grato es oir hablar con cariño acendrado de la patria ausente, cuando se está muy lejos de ella!.....

CAPÍTULO XXXVIII.

ROMA.

BREVE EXCURSION POR ALGUNAS CALLES.

SI en cualquiera ciudad del mundo que por primera vez se pisa, tiénese curiosidad en conocer sus calles, sus arterias principales, sus paseos y sus encantos, con mayor razón en ciertas capitales cuyo nombre basta para interesar al menos dado á lo curioso y á lo histórico.

¿Os acordáis, por ejemplo, lector amabilísimo, de la imperial Toledo? ¿No traéis á vuestra memoria aquel Tajo soñoliento, aquellas amarillentas murallas coronadas de almenas, aquellos vericuetos empinados, la santa y vetustísima imagen en la esquina de una calle alumbrada por el farolillo polvoroso, la mole del alcázar, la aguja gótica y enhiesta de la Catedral que sale de en medio de tantos edificios seculares? ¡Oh! Basta simplemente el aspecto de aquella capital para trasladarnos luego con la imaginación á los tiempos caballerescos de capa y espada, á la época de los señores feudales, de las trovas lánguidas y del melancólico laúd.

Pues bien, si en Toledo no se puede estar al recorrer sus calles ó cruzar el Tajo por los añosos puentes, sin figurarse que se vive en los buenos tiempos de Don Juan II y del bachiller Cibdarreal, en Roma parece uno transportarse á los